

Capítulo 19. Carta N°19.



Usted no ha hecho otra vez más que criticar. Esto no me gusta, y, como consecuencia, voy a ser claro. ¿Por qué encuentra usted rebuscado el que yo compare la manzana de Eva con la nalga? No es un invento mío. El idioma alemán hace esa comparación, lo mismo el italiano y también el inglés.

Y ahora quiero decirle por qué usted se irrita y me critica. La alusión al pompis de Eva la ha llevado a usted a pensar que su marido la ha poseído a veces por detrás, mientras usted estaba arrodillada o sentada sobre él. Y de eso se avergüenza usted, como si usted misma fuese la ciencia alemana, la cual le dedica pudorosamente a este placer la expresión *more ferarum*, a manera de los animales, y no se avergüenza de propinar de esta manera una bofetada a todos sus propagadores. Pues ella sabe perfectamente que todos ellos han hecho el amor *more ferarum* o, al menos, les hubiera gustado hacerlo. Y ella sabe también muy bien o, al menos, debería saberlo, que el masculino puñal del amor es triangular y la femenina vaina también, y que el puñal sólo entra a perfección en la vaina si lo hace por detrás. No haga usted caso de la charlatanería de hipócritas y fariseos. El amor no existe en función de la procreación, y el matrimonio no es un instituto de moralidad. El comercio carnal debe procurar placer, y en todos los matrimonios, entre los hombres más castos y las mujeres más puras, se hace el amor de la manera más variada que usted se puede imaginar; por ejemplo, masturbándose mutuamente, o exponiéndose a la mutua contemplación, o besando y mamando en los lugares de localización del placer, o bien al modo los homosexuales, o cambiando los papeles, de modo que la mujer está encima y el hombre debajo, o de pie, o echados, o sentados, y también *more ferarum*. Y sólo determinadas personas no tienen ánimos para hacer estas cosas y, en su lugar, sueñan con ellas. Pero yo no me he dado cuenta de que son mejores que aquellas que no reniegan de su infantil inocencia delante del ser amado. Hay personas que hablan del animal que se oculta en el hombre, y por humano entienden lo que ellos llaman noble y elevado, pero que, mirado más de cerca, no deja de ser bien innoble, como acontece, por ejemplo, con el entendimiento, o el arte, o la religión, en una palabra, todo lo que, de alguna manera, pueda referirse al corazón o al cerebro o estar por encima del diafragma; mientras que el animal es todo lo que acontece en el vientre, sobre todo entre las piernas, en los genitales y en el ano. Yo, en su lugar, me ocuparía primero de mirar bien quiénes son esas personas que tales dicen, antes de hacer amistad con ellas. ¿Me permite usted que le diga una pequeña bellaquería? Nosotros, los cultos europeos, nos comportamos como si fuésemos los únicos hombres sobre el planeta, como si lo que hacemos nosotros fuese lo bueno y lo natural, y lo que hacen otros pueblos, o han hecho otras épocas de la Historia, no fuese sino lo malo, lo perverso. Lea usted el libro de Ploch sobre la mujer. Allí encontrará que muchos cientos de millones de hombres tienen unas costumbres sexuales diferentes, realizan el coito de distinta manera. Pero, claro, sólo se trata de chinos, japoneses, indos y, naturalmente, negros. O vaya usted a Pompeya. En las excavaciones hechas en esta antigua ciudad se ha descubierto una casa -la casa de los Vetios, se le llama- que en el baño, común para padres e hijos, tiene un friso en el que aparecen representadas todas las formas del placer carnal, incluso la *more ferarum*. Claro, eran sólo griegos y romanos. Pero eran también casi contemporáneos de San Juan y de San Pablo.

Todo esto es importante. Usted no tiene idea del papel que juegan estas cosas en las costumbres de cada día y en las diferentes enfermedades. Basta con que usted considere lo de *more ferarum*. Jamás habríamos llegado a la idea de la lavativa de no haber existido esa clase de juego tal como lo llevan a efecto, por ejemplo, los perros. Tampoco se habría descubierto el procedimiento de medir la fiebre en el ano. Y la infantil teoría de que se da a luz por el ano, que de manera tan variada interviene en la vida sana y enferma

de toda persona... Pero no quiero hablar de ello. Me llevaría demasiado lejos. Prefiero tomar otro ejemplo. ¿Se ha fijado usted en la manera que tienen de correr las muchachas? El cuerpo, de la cintura para arriba, lo mantienen derecho, y las piernas las mueven con un movimiento marcadamente trasero, mientras que los muchachos lanzan ambiciosamente las piernas hacia adelante e inclinan la parte superior del cuerpo como si lo que quisiesen es perforar con él al fugitivo. Usted utiliza mucho la palabra atavismo. ¿No cree usted que podría ser precisamente atávica esta marcada diferencia en el correr? ¿Qué podría ser una herencia de los tiempos primitivos, en que el hombre corría a la caza de la hembra? ¿O es más bien el Ello quien piensa que el ataque sexual debe venir por la espalda y, por consiguiente, considera bueno y apropiado esa manera de correr de las muchachas, que van como si dieran coces? Es difícil decidir. Pero todo ello me lleva a acordarme de otras diferencias muy divertidas. Por ejemplo, el niño, cuando juega sobre el suelo, acostumbra a ponerse de rodillas, mientras que la niña se pone en cuclillas, abriendo bien las piernas. El niño cae hacia adelante, la pequeña doncella, hacia atrás. Un hombre sentado reacciona, al querer coger con las piernas un objeto que cae de la mesa, cerrando estas, mientras que la mujer, en la misma situación, las abre. El hombre cuando cose, realiza movimientos laterales y amplios, mientras que la mujer cose de abajo a arriba, describiendo con la mano suaves movimientos circulares, exactamente como cuando realiza el coito. Los niños, por su parte, de acuerdo con su teoría de que se concibe por la boca, meten la aguja, cuando cosen, de arriba abajo. Y, dicho sea de paso, ¿se ha fijado usted alguna vez en las relaciones existentes entre el coser y los complejos masturbatorios? Reflexione usted al respecto. Sacará de ello gran provecho, bien sea que usted opine que el coser recuerda simbólicamente la masturbación o que, como yo creo, se decida por admitir que el coser se ha originado gracias a los procesos masturbatorios. Y ya que, de alguna manera, estamos hablando de vestidos, dedíquele usted su atención por un momento a los escotes, de forma acorazonada, de las muchachas, y a sus rosas, y broches, y collares, y también a sus faldas, que, por cierto, no las llevan con el fin de estorbar los actos del amor, sino más bien con la idea de acentuar el incentivo, de provocar. La moda nos delata tendencias que caracterizan a épocas enteras, y de las cuales, a no ser por ella, nada sabríamos. Antiguamente la mujer no llevaba bragas. Hombre y mujer gustaban de llegar rápidamente a la fruición del placer. Luego, por lo visto, empezó a resultar más agradable detenerse en la excitación previa al acto en cuanto tal, y se inventaron las bragas, pero provistas de su abertura, que guardaba los secretos solo a medias. Hoy día ya llevan todas sus elegantes braguitas, bien cerradas y hasta con volantes y puntillas. Los volantes y las puntillas, para seducir; la abertura, ahora cerrada, para alargar el juego. Pero observe usted también las trabillas de los pantalones de los hombres, mire usted sus peinados, sus peinados a raya y sus rizos: todos son creaciones del Ello, creaciones del Ello de la moda y del Ello individual.

Pero volvamos a las pequeñas particularidades que diferencian el comportamiento de hombre y mujer. El hombre, cuando quiere recoger algo del suelo, se baja doblando la cintura, mientras que la mujer dobla las rodillas, poniéndose como en cuclillas. El hombre, cuando lleva o levanta algo, acciona la musculatura de la espalda, pero la mujer, simbolizando la maternidad, lo hace con el vientre. El hombre, cuando se limpia la boca con la servilleta, lo hace hacia los lados, lejos de sí, mientras que la mujer mueve la servilleta desde las comisuras de los labios hacia el centro, realizando un gesto típicamente receptor. El hombre, al sonarse la nariz, hace un ruido como un elefante, pues la nariz es un símbolo de su miembro, del que él está orgulloso; la mujer, sin embargo, utiliza el pañuelo con la más suave discreción, pues a ella le falta lo que la nariz simboliza. La joven prende de una manera firme y segura la flor a su vestido, mientras que el hombre la mete sencillamente en el ojal de la solapa. La muchacha lleva el ramo de flores apretado contra su pecho; el muchacho lo lleva en la mano, manteniendo caído el brazo. Ello quiere decir que la muchacha no tiene nada en su cuerpo que apunte hacia arriba, que no es un chico. Los muchachos y los hombres escupen, demostrando así que tienen eyaculaciones de semen; las muchachas, por el contrario, lloran, pues el arrasarse en lágrimas de sus ojos simboliza la consecución de su orgasmo. ¿O, acaso, no sabe usted que las pupilas simbolizan niños y que, por consiguiente, el ojo simboliza a la mujer, por cuanto en el ojo se ve uno reflejado en pequeño? El ojo es la madre, los ojos son los testículos, pues también en los testículos están los niños, y ese rayo de pasión que sale de los ojos es un claro símbolo viril. El hombre hace una inclinación ante la dama, se presenta como su servidor, diciéndole de esta manera: Tu sola presencia ha constituido para mí el mayor placer, de modo que me relajo, pero en cuestión de pocos segundos voy a erguirme otra

vez, pues la pasión me invade de nuevo. La dama, por el contrario, dobla ligeramente las rodillas, dando a entender: basta con verte, y toda mi resistencia se viene abajo. Las niñas pequeñas juegan con sus muñecos; los niños no lo necesitan; ellos llevan en su propio cuerpo el muñeco.

¡Hay tantas costumbres a las que nosotros no prestamos atención! ¡Tantas costumbres que merecerían que se la prestásemos! ¿Qué quiere decir el hombre cuando acaricia su bigote? La nariz es el símbolo de su miembro, como ya he dicho, y el andar acariciando el bigote tiene por finalidad llamar la atención sobre el hecho de que delante de nosotros se encuentra un hombre sexualmente maduro, con un bien poblado pubis. La boca, por su parte, es el símbolo de la mujer, por lo que las caricias al bigote significan también: me gustaría acariciara a la mujer. El rostro lampiño y bien afeitado tiene por objeto acentuar la infantil inocencia, la falta de peligrosidad, pues el niño todavía carece de las poblaciones pilosas típicas de los caracteres sexuales secundarios; pero a la vez significa fuerza, potencia, pues el hombre, como animal erecto que es, significa el falo, y la cabeza representa la punta lisa y desprovista de pelos del glande en el momento de la erección. No olvide usted esto cuando vea a algún calvo o cuando sus amigas se quejan de que pierden cabello. Con ello se manifiesta la potencia del varón o, también, su infantil inocencia, el hecho de ser un renacido. Cuando una mujer se sienta, tira por su vestido hacia abajo, como diciendo: mira qué piernas, pero yo no te permito que veas nada más, pues soy pudorosa. Cuando se tumba en presencia de alguien, cruza las piernas. En esto no hay excepciones. “Sé que me deseas -significa todo esto-, pero yo estoy ya protegida contra el ataque. Inténtalo y verás”. Todo ello es muy equívoco. Es un juego que atrae a la vez que aparta, que provoca al mismo tiempo que prohíbe. Es, ni más ni menos, la representación mímica de ese extraño “no, por favor” con que la chica rechaza la mano dispuesta a la caricia. ¡No! ¡Bueno! Pasa lo mismo que con los que tienen que ponerse gafas: se quiere ver mejor, pero no se quiere que uno sea visto con ellas. Aquí duerme uno con la boca abierta: dispuesto está a concebir; allí duerme otro todo encogido, como un feto. Aquel anciano anda a pasos muy cortos: lo que pretende es alargar el camino que lleva a la tumba; además, duerme poco, pues sus horas están contadas y pronto habrá de dormir muy largamente; se convierte en prósbita, pues no quiere ver lo que tan cerca tiene, los negros ornamentos de la misa de difuntos, el hilo que la parca está pronta a cortar. La mujer tiene miedo a enfermar si pasa en pie mucho tiempo mientras le dura el periodo, pues la hemorragia le recuerda que ella no tiene nada que se mantenga erecto, que lo mejor le falta. No va a bailar durante la menstruación, pues está prohibido realizar el acto matrimonial hasta en símbolos.

¿Por qué le cuento a usted todas estas cosas? Porque quiero evitar una larga disertación acerca de la manzana del Paraíso. Pero, en fin, alguna vez hay que decidirse. Aunque, bueno... Primero voy a hablarle un poco de los diferentes frutos. Tomemos una ciruela: dentro oculta un núcleo huesudo, el niño. La división que, suavemente, insinúa en sí misma nos delata el típico carácter de la mujer. Tomemos ahora la frambuesa: ¿no tiene una gran semejanza con las mamas de la mujer? O la fresa. La fresa crece profundamente oculta en el verde de la hierba, y usted ha de ponerse a buscar hasta dar con este precioso secreto en la mujer. Pero cuídese usted de ella, de la fresa, pues las delicias del clítoris se apoderan cada vez más profundamente de la naturaleza humana, se desean ardientemente, y luego aparece el complejo de culpa y, después, la urticaria, que acaba por convertir la sensación en cien veces más desagradable y torturante. ¿La cereza? Usted la puede encontrar en los pechos, pero también el hombre lleva cerezas colgadas de su árbol, pues todos los símbolos son sexualmente ambiguos. Y ahora la bellota. La bellota es un fruto sancionado y autorizado por la ciencia, a pesar de estar tan íntimamente emparentada con el cerdo; el cerdo, que tantos secretos porta consigo. ¿Quiere usted que le revele uno de ellos? La madre que educa a su hijo, cuando lo encuentra a este sucio, lo llama marrano. ¿Y habrá de encontrar extraño la madre que el hijo, con el pensamiento, le responda: si yo soy el marrano, tú eres la marrana? Y así es, en efecto, pues por muy duro que resulte, el cerdo es uno de los símbolos más corrientes de la madre. Esto tiene un profundo significado, pues al cerdo se le mata, se le abre el vientre y, además, chilla y gruñe. Y una teoría, quizá la más corriente de las que los niños acostumbran a tener acerca de los partos, es que a la madre se le abre el vientre para sacarle el niño, una teoría que, por lo demás, tiene su base en la existencia de esa intrigante raya que va del ombligo a los genitales y que es confirmada por los gritos de dolor del parto. De la asociación cerdo-madre hay un extraño sendero que lleva a lo religioso, al menos en Alemania, donde los carniceros tienen la costumbre de colgar

los cerdos en los escaparates. Un símbolo de la crucifixión. ¡Vaya humor el del Ello: cerdo-madre-Cristo! A veces es para estremecerse. Lo mismo que la madre, también el padre tiene su símbolo animal. Es el buey, naturalmente. Pues en lugar de acercarse amorosamente al niño, permanece impassible frente a sus artes y caricias; por eso ha de estar castrado. Finalmente no quisiera olvidar el higo, pues es, en todos los idiomas, una imagen de los genitales femeninos. Y he aquí que ya estamos de nuevo con la leyenda del Paraíso.

¿Qué significado podrá tener el hecho de que la primera pareja humana se hiciese un taparrabos de hoja de higuera? Y luego, ¿por qué los siglos acabaron por convertir el taparrabos en una sola hoja? Yo no puedo leer los pensamientos del autor del bíblico mito, pero por lo que a la una y sola hoja de higuera respecta me voy a permitir algunas bromas. Cinco hojas tiene esta hoja, y cinco son los dedos de la mano. Es natural que se oculte con la mano lo que no debe ser visto. ¿Pero ha de ponerse la mano en los genitales? ¿Allí precisamente donde no puede estar? A mí todo esto me resulta una broma del Ello: “Como no te es permitido una vida libre en el eros, haz lo que la naturaleza te enseña, ¡utiliza la mano!”.

Lo sé, soy un frívolo. Pero voy a acabar por ponerme serio. Como usted sabe, por estas tierras a la tráquea se le da el nombre de manzana de Adán. La idea que hay detrás de ello es que a Adán, al ir a tragar la manzana, se le quedó atalancada en la garganta. Pero ¿por qué le pasó esto a él y no a Eva, que también comió del mismo fruto? Eva se tragó el fruto para que de ese fruto pudiese salir otro, el niño. Adán no puede dar a luz.

Y con esto, sin darnos cuenta, estamos en ese fárrago de ideas que alimentan la fantasía del niño en relación con parto y embarazo. Usted, naturalmente, no duda en opinar que un niño bueno y bien educado cree en la cigüeña, y así es, en efecto. Pero no olvide usted que el niño también cree en los Reyes Magos, y a la vez sabe que los regalos de los Reyes Magos los compran sus padres en las tiendas de la ciudad. El niño tiene una gran capacidad de creer, y nada se opone a que, a la vez que acepta lo de la cigüeña, sepa que el hermanito se desarrolla en el vientre de la mamá. Esto lo sabe él, es más, tiene que saberlo, pues hace dos o tres años estaba el mismo dentro de ese vientre. Pero, ¿cómo salen los niños del vientre y cómo entran en él? Estas son preguntas que a todos nos han urgido con variable, pero creciente perentoriedad. Una de las muchas respuestas la encontramos todos, sin excepción, pues nadie de nosotros, en la infancia, sabe nada del útero o de la vagina. Y esta respuesta es que los niños salen por el mismo sitio por donde sale todo lo que se encuentra en el vientre: por el ano. ¿Pero entrar? ¿Cómo entran? También en este caso al niño se le presentan varias respuestas. Mayormente se inclina por el supuesto de que el germen que da lugar al niño penetra por la boca, lo mismo que penetra la leche que mama de los pechos de su madre. Y de todo esto, de este excitante y siempre repetido preguntarse y responderse a sí mismo del niño se origina el deseo de mamar el miembro del amado, de fumar, de besar... Un deseo que urge doblemente, pues en su satisfacción reaparecen el pecho de la madre y la beatitud del lactante; y de aquí procede también la idea de darle el nombre de manzana de Adán a la tráquea sobresaliente del varón. Y, finalmente, para decirlo también, aquí tiene su origen el bocio, que a usted tanto la aterroriza en sus hijos. A usted, cuando era una chicuela, se le hincharon también los papos, créame. Pero las paperas pasan. Solamente en los casos en que el Ello está penetrado de la idea de la concepción por la boca y del horror a tener un niño en el vientre se llega a auténticos casos de bocio y a la enfermedad de Basedow.

Gracias a Dios, por hoy he acabado,

PATRIK

Volver a Publicaciones de Groddeck